

Capítulo 1: El amor de Dios por el hombre

Tanto la naturaleza como la Biblia nos hablan del amor de Dios. Nuestro Padre celestial nos da vida, sabiduría y gozo. Mira las cosas maravillosas y hermosas de la naturaleza. Piensa en las muchas maneras en que ellas proveen para las necesidades y la felicidad de todos los seres vivos.

El sol y la lluvia hablan del amor de nuestro Creador. Las colinas, los mares y las llanuras hablan de Él. Él suple las necesidades diarias de cada criatura. En los hermosos Salmos, David escribió acerca de Dios:

«Todos los seres vivos te miran con esperanza,
y tú les das su alimento a su debido tiempo. Les das suficiente
y satisfaces las necesidades de todos» (Salmo 145:15, 16).

Dios hizo a Adán y a Eva perfectamente santos y felices. La tierra era hermosa tal como salió de la mano del Creador. Nada estaba estropeado ni moribundo. Pero Adán y Eva desobedecieron la ley de Dios, su ley de amor. La desobediencia trajo tristeza y muerte. Sin embargo, Dios mostró su amor incluso cuando el pecado estaba causando sufrimiento.

La Biblia dice que Dios maldijo la tierra para el bien de los seres humanos (Génesis 3:17). Permitió que crecieran espinas y malezas. Permitió que las pruebas y las dificultades llenaran la vida de las personas de trabajo y preocupación. Estas dificultades debían ayudar a levantar a hombres y mujeres de la ruina y la vergüenza causadas por el pecado. Pero este mundo pecaminoso no es todo dolor y sufrimiento. La naturaleza misma nos da mensajes de esperanza y consuelo. Las flores crecen entre las malezas, y las rosas cubren las espinas.

El hecho de que «Dios es amor» se muestra en cada flor que se abre y en cada brizna de hierba. Las aves encantadoras que cantan sus alegres canciones nos hablan del tierno cuidado de Dios. Las brillantes flores que perfuman el aire y los

altos árboles verdes del bosque nos recuerdan que Él quiere hacer felices a sus hijos.

La Biblia nos muestra el carácter de Dios. Dios mismo nos ha hablado de su amor eterno y su compasión. Cuando Moisés oró: «Muéstrame tu gloria», el Señor respondió: «Haré pasar toda mi bondad delante de ti» (Éxodo 33:18, 19, KJV). La bondad de Dios es su gloria.

El Señor pasó delante de Moisés y dijo: «Yo, el Señor, soy un Dios lleno de compasión y piedad, que no se enoja fácilmente y que muestra gran amor y fidelidad. Guardo mi promesa por miles de generaciones y perdono la maldad y el pecado» (Éxodo 34:6, 7). Dios es «siempre paciente, siempre bondadoso», mostrándonos Su amor constante (Jonás 4:2; Miqueas 7:18).

Dios ha atraído nuestros corazones a Él por diversos medios. A través de la naturaleza y del amor más profundo y tierno que los corazones humanos puedan conocer, ha tratado de hablarnos de Sí mismo. Sin embargo, estas cosas no muestran perfectamente Su amor.

Aunque Dios nos ha dado todas estas evidencias, Satanás, el enemigo de lo bueno, ha cegado las mentes de las personas, para que miren a Dios con temor y lo consideren duro e implacable. Satanás trata de hacer que la gente piense en Dios como un juez severo sin piedad. Dice que el Creador siempre está observando para que la gente cometa errores y así poder castigarlos. Para mostrarles que esto no es verdad, Jesús vino a vivir en este mundo. Quería que la gente viera el amor infinito de Dios.

El Hijo de Dios vino del cielo para dar a la gente una imagen clara del Padre. «Nadie ha visto jamás a Dios. El Hijo único, que es lo mismo que Dios y está al lado del Padre, lo ha dado a conocer» (Juan 1:18). «Nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquellos a quienes el Hijo quiera revelarlo» (Mateo 11:27).

Cuando uno de los discípulos de Jesús dijo: «Muéstranos al Padre», Jesús respondió: «¿Tanto tiempo he estado con vosotros, y aún no me conoces, Felipe?

El que me ha visto a mí, ha visto al Padre. ¿Cómo dices tú: "Muéstranos al Padre"?» (Juan 14:8, 9).

Jesús habló de Su obra en esta tierra. Dijo que el Señor «me ha escogido para llevar buenas noticias a los pobres. Me ha enviado para proclamar libertad a los cautivos y vista a los ciegos, para poner en libertad a los oprimidos» (Lucas 4:18). Esa era Su obra. Anduvo haciendo el bien y sanando a todos los que habían sido enfermos por Satanás.

Había aldeas enteras donde no se oía ni un solo gemido de dolor, porque Él había pasado por ellas y había sanado a todos los enfermos.

La obra de Jesús demostró que había sido enviado del cielo. El amor, la misericordia y la compasión se manifestaban en cada acto de Su vida. Su corazón se conmovía con tierno amor por las personas.

El Hijo de Dios se hizo ser humano para poder ayudar a la gente. Los más pobres y humildes no tenían miedo de acercarse a Él. Hasta los niños pequeños querían estar cerca de Él. Les encantaba subirse a Sus rodillas y mirar Su rostro pensativo y amoroso.

Jesús no ocultó ni una sola palabra de verdad, pero siempre habló con amor. Era gentil, bondadoso y considerado con los demás. Nunca fue rudo ni habló con más severidad de lo necesario. Nunca lastimó a nadie. No reprendía a la gente por sus debilidades. Decía la verdad, pero siempre con amor.

Hablaba contra la hipocresía, la incredulidad y el pecado, pero había tristeza en Su voz cuando tenía que hablar con severidad. Jesús lloró sobre la ciudad que amaba, porque no quiso recibirlo como el camino, la verdad y la vida. El pueblo había rechazado a su Salvador, pero Él los miraba con tierna compasión.

Jesús no vivió para complacerse a Sí mismo, sino que tuvo un cuidado considerado por los demás. Cada persona era preciosa ante Sus ojos. Miraba con tierno amor a cada miembro de la familia de Dios. Veía a todos los seres humanos como personas que necesitaban ser salvas.

La vida que Jesús vivió nos muestra Su carácter. Su vida también nos muestra el carácter de Dios. Ríos de amor celestial fluyen del corazón de Dios hacia nosotros a través de Su Hijo. Jesús, el tierno y compasivo Salvador, era Dios, quien «se manifestó en forma humana» (1 Timoteo 3:16).

Jesús vivió, sufrió y murió para salvarnos. Se convirtió en un «Varón de dolores» para que nosotros pudiéramos compartir el gozo eterno. Dios permitió que Su querido Hijo dejara la gloria del cielo y viniera a un mundo arruinado por el pecado. Permitted que viniera a un mundo oscurecido por la sombra de la muerte. Permitted que Su precioso Hijo dejara Su presencia y la adoración de los ángeles. Permitted que sufriera vergüenza, odio y muerte. Pero «por el castigo que sufrió somos sanados, por sus heridas somos hechos completos» (Isaías 53:5).

¡Miren a Jesús en el desierto, en Getsemaní y en la cruz! El perfecto Hijo de Dios tomó sobre Sí mismo el peso del pecado. Había sido uno con Dios, pero en la cruz sintió la terrible separación que el pecado produce entre Dios y el hombre. Eso arrancó de Sus labios el grito de dolor: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Mateo 27:46). Fue el peso del pecado, su terrible poder para separar al pecador de Dios, lo que le quebrantó el corazón.

Pero el Hijo de Dios no dio Su vida para hacer que Su Padre nos amara. No murió para hacer que Dios estuviera dispuesto a salvar. ¡No, no! «Dios amó tanto al mundo que dio a Su Hijo único» (Juan 3:16).

El Padre nos ama no porque Cristo murió por nosotros; dio a Su Hijo para que muriera porque nos amaba. Por medio de Cristo, Dios derramó Su amor infinito sobre un mundo pecaminoso. «Dios estaba haciendo a todos los seres humanos sus amigos por medio de Cristo» (2 Corintios 5:19). Dios sufrió con Su Hijo. En el dolor de Getsemaní y en la muerte de la cruz, Dios pagó el precio para salvarnos.

Jesús dijo: «El Padre me ama porque estoy dispuesto a dar mi vida, para poder recibirla de nuevo» (Juan 10:17). Es decir: «Mi Padre os ha amado tanto que me ama a mí aún más por dar mi vida para redimiros. Morí en vuestro lugar, tomando vuestros pecados. Por haber hecho esto, estoy más cerca de mi Padre

que antes, porque ahora Dios puede ser justo y aun así salvar a los pecadores que creen en mí».

Solo el Hijo de Dios podía salvarnos. Solo Él, que era uno con Dios el Padre, podía hablarnos de Él. Solo Él, que conocía cuán alto y cuán profundo era el amor de Dios, podía mostrarlo. Nada más que el gran sacrificio de Cristo por nosotros podía dar a conocer cuánto ama el Padre a los pecadores.

«Dios amó tanto al mundo que dio a Su Hijo único» (Juan 3:16). Dio a Cristo para que viviera entre los hombres, para que tomara sus responsabilidades y sus pecados, y para que muriera por ellos. Dios dio a Su Hijo a este mundo. Al hacerse hombre, Cristo conocería cómo se sentían los seres humanos y qué necesitaban. Era uno con Dios, pero siempre estará unido a la raza humana. «Jesús no se avergüenza de llamarlos su familia» (Hebreos 2:11).

Jesús es nuestro Sacrificio, nuestro Abogado, nuestro Hermano, de pie en forma humana ante el trono de Su Padre. En Su forma humana, será para siempre uno con la raza que ha salvado. Él es el Hijo del hombre. Y hizo todo esto para levantarnos de la ruina del pecado, para que pudiéramos reflejar el amor de Dios y compartir el gozo de una vida piadosa.

Al dar a Su Hijo para que muriera por nosotros, nuestro Padre celestial hizo un gran sacrificio y pagó un alto precio para redimirnos. Un precio tan grande debería ayudarnos a entender lo que Dios espera que lleguemos a ser por medio de Cristo.

El apóstol Juan vio cuán alto, profundo y ancho es el amor de Dios. Juan quiso hablar de ello, pero no pudo encontrar las palabras adecuadas para describirlo, así que dijo: «¡Miren cuánto nos ha amado el Padre! Su amor es tan grande que somos llamados hijos de Dios» (1 Juan 3:1). ¡Qué alto valor nos da esto!

Al pecar, los seres humanos se convirtieron en súbditos de Satanás. Pero por la fe en Cristo y en Su muerte, pueden llegar a ser hijos de Dios. Al tomar la naturaleza humana, Cristo coloca a los pecadores en una posición donde,

mediante su conexión con Él, pueden llegar a ser dignos del nombre de «hijos de Dios».

No hay otro amor como el Suyo. ¡Hijos del Rey celestial! ¡Preciosa promesa! ¡Cuán maravilloso es pensar en el gran amor de Dios por un mundo que no lo amaba!

Pensar en el amor de Dios nos hace sentir muy humildes. Este pensamiento, como se muestra en la muerte de Jesús, debería acercar nuestras mentes a Dios. Cuanto más estudiamos el carácter de Dios y seguimos mirando la cruz, más vemos la misericordia, la ternura y el perdón de Dios. También vemos cuán justo y equitativo es. Vemos Su amor infinito y una tierna compasión que es mucho mayor que la simpatía de una madre por su hijo desobediente.